



Pedro Alfonso Morales

**Entre gramática y dulces
que piensan, nuevos
cuentos**

Colección: Cuentos

Entre gramática y dulces que piensan, nuevos cuentos

Pedro Alfonso Morales

Contenido:

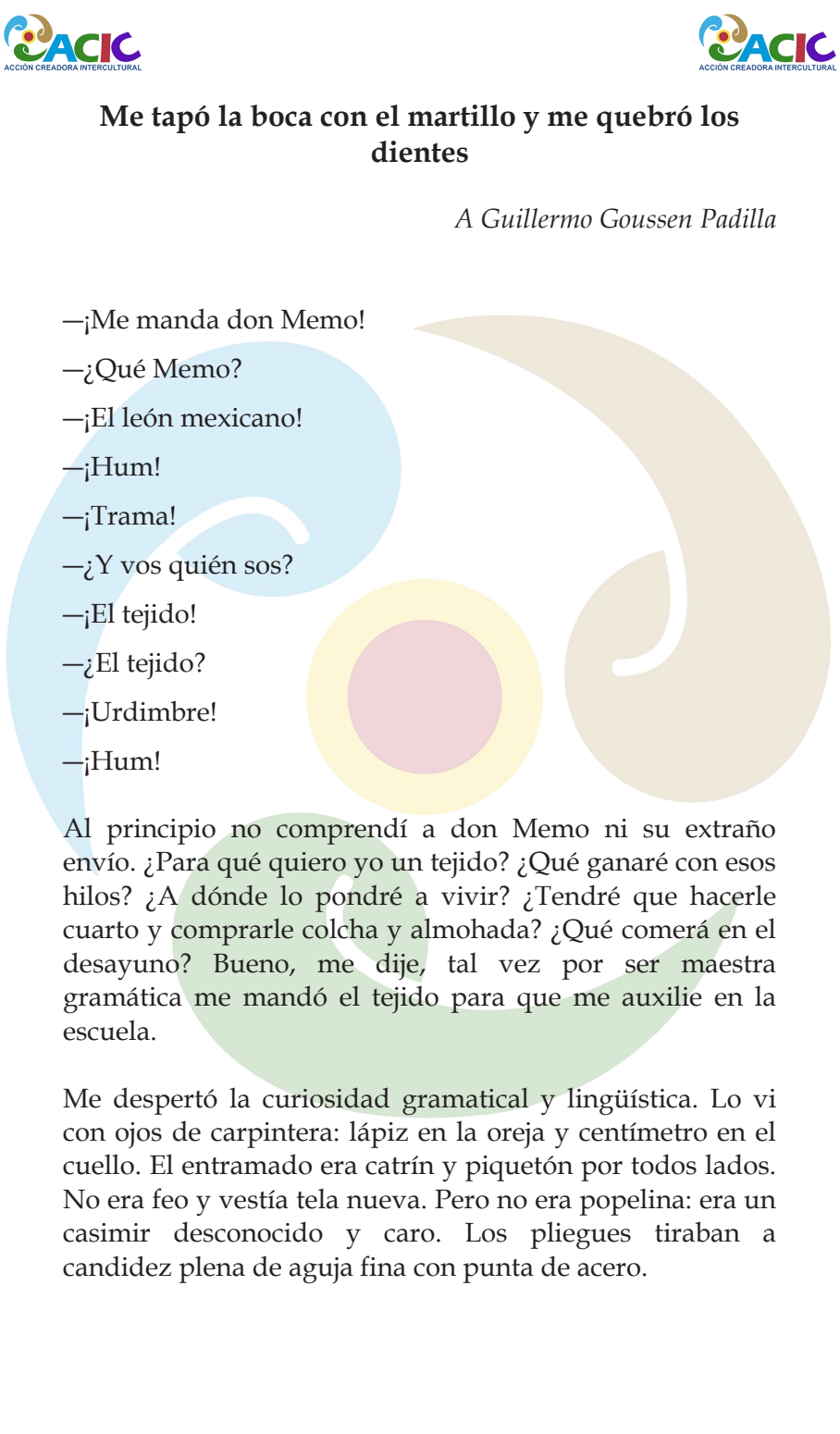
Me tapó la boca con el martillo y me quebró los dientes

Un violín al aire libre y su efecto fotoeléctrico

La historia de taxis le gustó al taxista

Me tapó la boca con el martillo y me quebró los dientes

A Guillermo Goussen Padilla

- 
- ¡Me manda don Memo!
 - ¿Qué Memo?
 - ¡El león mexicano!
 - ¡Hum!
 - ¡Trama!
 - ¿Y vos quién sos?
 - ¡El tejido!
 - ¿El tejido?
 - ¡Urdimbre!
 - ¡Hum!

Al principio no comprendí a don Memo ni su extraño envío. ¿Para qué quiero yo un tejido? ¿Qué ganaré con esos hilos? ¿A dónde lo pondré a vivir? ¿Tendré que hacerle cuarto y comprarle colcha y almohada? ¿Qué comerá en el desayuno? Bueno, me dije, tal vez por ser maestra gramática me mandó el tejido para que me auxilie en la escuela.

Me despertó la curiosidad gramatical y lingüística. Lo vi con ojos de carpintera: lápiz en la oreja y centímetro en el cuello. El entramado era catrín y piquetón por todos lados. No era feo y vestía tela nueva. Pero no era popelina: era un casimir desconocido y caro. Los pliegues tiraban a candidez plena de aguja fina con punta de acero.

El tejido estaba bien hecho, bien hilado por donde le buscara amarres. Las puntadas tenían puntos de sutura: una flexión armónica entre la tela y el hilo. Un estira y encoge para que no se revienten los hilos ni se suelten los nudos. No era grande ni despanzurrado; tampoco chimirringo ni patita al suelo con caites de cuero. Su tamaño cubría unas cinco líneas en dos tramos verbales. Le pregunté:

—¿Dónde vivís?

—¡En una novela!

—¡No seás loco!

—¡Allí vivo, señora!

—¡Soy maestra gramática: no señora!

—¡Mayor razón, maestra gramática!

—¿Razón por qué?

—¡Algunos seres vivimos en la narrativa contemporánea!

¡Usted lo sabe!

—¡Sos tejido respondón!

—¡Disculpe, maestra! ¡Soy igual al que ve en la naturaleza y nadie dice nada!

El bujoncito me sacó de quicio. Se las picaba y no sabía por qué pujaba. Cierto: era guapo, pero ¿me hartaría viva? ¿Creé que me dejaré? Está equivocado: muy equivocado. Lo revisaré punto por punto y le sacaré la mierdita tufoosa. Le limpiaré el culito cagado y le sacaré los mocos de niño malcriado. Ya veré si rezonga como ronca de noche.

El tejido lo armó don Memo con 55 palabras: 11 sustantivos, 6 adjetivos, 9 verbos, 5 adverbios, 8 artículos —entre definidos, indefinidos y contractos—, 7 preposiciones, 5 pronombres —entre ellos uno enclítico—, 2

conjunciones, 1 infinitivo y 1 locución adverbial. Los hilos me parecen balanceados: tamaño, grosor, color, trama y puntada.

Además, contabilicé seis comas, dos puntos, uno de dos puntos y un punto y coma que se colocaron en diversas puntadas de la urdimbre de la tela. Estos pequeños amarres no aflojaban el lienzo. Por el contrario, le daban una armadura y sostén para la soledad. El contrahilo y el hilo transversal eran secuencias retorcidas de varios cabos ya cortados.

En el tejido se entrecruzaban oraciones coordinadas, yuxtapuestas y subordinadas que ya les explicaré en mi gramática. Ya verán que es un tejido técnico que fusiona otros hilos de la narración como dice Barthes. Verán que hablan más de dos personas, porque la tercera más abarcadora se enrolla a las dos primeras que son las que escuchamos.

En el punto me tapó la boca con el martillo y me quebró los dientes. También me rompió los tímpanos. Soy sorda como si faltara la espiral de la cóclea. Somos sordas: guardamos un largo sorbete de a peso en las orejas. Los oídos no piensan palabras como acorde, acústica, afinación, balada, banda, batuta, canción, clave, compás, escala, fado, flauta, gaita, guitarra, interludio, jazz, nota...

Mi lienzo se construyó con dos oraciones compuestas: una yuxtapuesta o coordinada sin nexo —la primera— y una subordinada de lugar —la segunda—. Pero la primera guarda en su interior muchos hilos de otro tejido en cuyos tipos de oraciones hallamos dos oraciones coordinadas con nexos —ambas separadas por dos puntos— que a la vez conforman la gran oración coordinada sin nexo al separarse con punto y coma en mi sistema de lengua flexiva de tipo fusionante.

Mi tejido técnico o entramado ocurre en la fusión de las voces distintas de la narración, cuyo timbre leve casi no se percibe por los sentidos del que mira y oye. El narrador de la historia primera cede la palabra al personaje, el psiquiatra, que hace de relevo en la carrera de la narración. Los dos hablan en la primera oración para describir a la muchacha que es otro personaje del texto.

El tejido y a la vez mi trama, la urdimbre de bordados y amarres ocultos, forman parte de la unidad lingüística y comunicativa que dependen del contexto sociocultural que ofrece el discurso, cuyos valores se expresan en lo literario, lo médico y lo militar... El tejido, después de describirme sus gracias, me dejó como la Eulalia con la bocota abierta mirando para el icaco.

—¡Se fija que no soy loco! —me dijo, mientras se ponía en la pared de la biblioteca:

«El psiquiatra vio la sonrisa de la muchacha, su mirada aún diáfana, y se puso a calcularle la edad: veintidós años cuando mucho, se dijo, e hizo cuentas sobre cuántos tendría al momento de la insurrección; debió de ser una culito cagado, se contestó. Pasaron a la tienda, en donde se encontraba acostada otra miliciana».

Telica, 24-25 de septiembre de 2018.

(De *La maestra gramática*).

Un violín al aire libre y su efecto fotoeléctrico

Mi maestra llegó desnuda a la escuela. La vi y me quedé en suspenso, aletargado, en grado cero mi reacción. La tranquilidad de su caminar me asombró más. ¡Increíble! Solo su pelo liso tirado sobre los hombros la cubría. Los chavalos se fosilizaron con la boca ingenua y los ojos distraídos. Me convertí en estatua de sal sin ver para atrás.

—¡Buen día!, Albert -me dijo la maestra.

Apenas moví mi cabezota deforme, grande y pesada para mi edad. Por mi cabeza mi padre me creyó niño anormal, medio loco y muy cercano a la literatura. Asustaste a tu madre, me dijo. Nunca supe de qué la asusté ni cómo la impresioné en mi nacimiento. Tuve conjeturas y supuse que vagina pequeña y cabeza grande no comulgan en la creación.

Mi cuerpo con sobrepeso no se movió y no articulé palabras ni hice ruidos de panza ni de cabeza. No hablé hasta los nueve años y pocos sabían de mi existencia. Mi madre me creyó mudo de nacimiento. Con semejante maceta y nunca decís una palabra, me dijo compadecida. A veces me sentía muy inútil frente al mundo...

Alelado miré a mi maestra que pasó directo al salón de clases. ¡Increíble! Todos los chavalos iban felices detrás de ella arrastrados por un dulce violín de concierto 4/4. ¡Qué ocurrente es mi maestra! ¡Cómo se atreve a venir sin camisa a la escuela!

Mi padre me regaló una brújula que es hechicera. Me gustaba ver la aguja imantada apuntando el Norte. La palabra brújula viene de bruja, porque actuaba con

maleficios como ella. La bitácora no funciona en el polo norte ni en el sur... Cuando miré mi brújula, apuntaba a mi maestra. Corrí como si la brújula fuera un sistema de posicionamiento global.

Mi maestra sin camisa impartía la clase y danzaba en el aula. Vestía pantalón negro, tallado y planchado: le quedaba perfecto como el de Mileva. Usaba zapatos negros bien lustrados: una catrina inteligente era mi maestra... Pero nunca vi una profesora sin camisa hablando de las inferencias de la relatividad. El aula se volvió festiva...

—Maestra -le dije- ¿olvidó ponerse camisa?

—¡No, Albert -me dijo- igual que usted!

—¿Igual que yo?

—¡Sí! ¡Usted no usa calcetines!

—¡Son innecesarios! -le dije.

—¡Las camisas también y ocultan las ideas! -me dijo.

Saqué mi violín y me apasioné en la ejecución frente a ella. Mi maestra sin camisa era un violín al aire libre y yo una cuerda temblando en Sol mayor. Siempre me vi en la música con agradables sonidos y pausas. La música toca mi cerebro y lo araña con suavidad. Ella me vio con asombro, levantó las cejas y abrió la sonrisa.

—¡Gracias por su música! -me dijo.

—¡Gracias por la suya! -le dije.

El amor maternal de la maestra me alivió, pero no me vi Edipo buscando oxitocina o el alimento perfecto de la humanidad. Comenzó la clase con cierta jugarreta por la

mudez de los chavalos en el aula. Se paseaba de un lado a otro frente a nosotros y ninguno parpadeaba. Teníamos paralizados el vidrio, las ventanillas y las persianas.

—¿Por qué se quedaron mudos? —preguntó la maestra.

—¡Estamos vivos hablando por dentro! —le dije y todos se rieron.

—¡Ya comprendo y me alegra! —dijo.

—¡Comprende por qué el norte es más grande que el sur!

—No hay idénticos ni iguales —explicó sonriente y orgullosa de las formas asimétricas del pedúnculo—. Los comunes tienen la curvatura de varios milímetros y aumentan con la pasión o el frío; los planos aparecen con las tentaciones de la vida; los tumefactos siempre son así; y los invertidos miran hacia adentro... me miran a mí...

—¡Qué misterioso es el ser! —le dije a la maestra.

—¡Para que te apasione el cielo! —me dijo sonriente.

La clase fue única y maravillosa. Todos nos impregnamos del amor maternal de la maestra con instrumentos y sin camisa. Ya no hubo otra igual y todas las demás conferencias fueron aburridas y tristes. Nada se aprende en las clases monótonas sin violines ni canciones. Son materia de cementerios; son alimento de morgues y carroñeros.

Esa tarde volví a casa y vi que la energía con que los electrones escapaban del cátodo iluminado aumentaba linealmente con la frecuencia de la luz incidente... Vi los misterios de la luz y toda la radiación estaba cuantizada y acalambrada... Los objetos radiantes formaban paquetes discretos de energía, cuantos de luz y cuentos de dulces y ciencia...

Tiempo después mi cabeza y mi cuerpo volvieron a la normalidad de la gente y sus costumbres. Mi padre ya no me vio con tristeza ni mi madre se quejó de mi lengua nula. Mi curiosidad se vació con intelecto y pasión después de la clase de mi maestra. La adolescencia me abrió los ojos de la duda y la curiosidad...

Asumí que la cuantización de la emisión de la energía usada por Planck —que explican la radiación de cuerpo negro— es un rasgo universal de la luz. Yo usé la discontinuidad cuántica en la luz y la distribuí en cuantos discretos de energía. Lo llamé efecto fotoeléctrico que no es más que un efecto mecánico cuántico...

—¡Voy hacia la relatividad! -le dije a mi maestra.

—¡Ojalá ya no sea un fracaso escolar! -me dijo con golpe.

—¿Por qué dice eso, maestra?

—¡Usted se retrasó en todo!

—Excepto una cosa -le dije-: ¡la estupidez humana!

Telica, 01-11 de marzo de 2019.

(Cuento para agregar a *Los dulces piensan en la aventura de la razón*).

La historia de taxis le gustó al taxista

—¡Parate! -le dije con la mano al destartalado.

—¡Animales brutos! -me dijo Ivania que esperaba uno también.

—¡No por lo bruto, sino por agibílibus! -le dije a la mujer.

El carro no se detuvo y rodó solemne, sordo y desenfrenado en las bajadas y subidas de la ciudad del cafeto. Monté en otro de segunda y el conductor que parecía alfeñique en el trapiche me preguntó que a dónde me dirigía con prisa y hambre en los ojos.

—¡Sígalo! -le dije.

—¿Seguirlo? -preguntó el chofer-. ¿Qué le hizo?

—¡No pregunte y sígalo! -le repetí.

—¡Usted manda, mi cielo! -respondió el taxista.

—¡Sígalo! -dijo el pasajero que iba a la izquierda de la parte trasera con libreta en mano, mientras Ivania acompañaba adelante al conductor en el itinerario.

El taxista me miró por el retrovisor de modo horrible y descubrió que no era asaltante ni secuestradora ni coaccionaba a alguien en la estampida. Aceleró con fuerza y siguió al carro sobre las calles de la ciudad, subiendo y bajando, esos tramos espectaculares a mediodía. Las sacudidas golpeaban el estómago...

—¿Se le llevó algo? -preguntó el taxista.

—¡No! -le dije para desorientarlo.

—Entonces, ¿para qué lo seguimos?

—¡Usted, sígalos! —le dije y le enseñé la cartera.

—¡Para allá vamos, señora mía! —respondió entusiasmado.

—¡No olvide su oficio! —dijo el pasajero que iba a mi lado y usaba lentes, mientras leía *Historia universal de la infamia* de Jorge Luis Borges, el noble poeta argentino.

—¡Ella le pagará la seguida! —dijo Ivania al conductor.

El rostro del taxista vi por el retrovisor y noté sus cejas alborotadas y peludas como caña de azúcar. Unas cejas aumentadas y corregidas por la barbarie de la vida y el olvido. Me acordé de Juan el taxista, allá por El Hoyo de la Campana en León, que llegaba borracho a la una de la madrugada y a las cuatro estaba en pie con sus palabrotas en ayunas.

—¿Cómo es su gracia? —me preguntó el taxista.

—¿Mi desgracia? —le pregunté.

—¡Su nombre, pues! —dijo seco, mientras aceleraba.

—¿Para qué quiere mi nombre? —le pregunté.

—¡Debe tener nombre de princesa! —dijo meloso.

—¡Tal vez! —le dije.

—¿Adiviné? —me preguntó.

—¡Me llamo Estefany! —le dije con desgano.

—¡Nada mejor que un nombre bien puesto! —dijo el pasajero a mi lado, mientras seguía leyendo el libro de poemas de Jorge Luis Borges como si viviera en otro mundo.

El taxi era desvencijado o al menos llevaba más de cinco años de sobreuso como todos los vehículos de la ciudad. El color blanco y sucio apenas mostraba las rayas amarillas o los grabados negros en sus costados. Nada que ver con el *takso* de Estonia o el *taksi* de Turquía o el taxiruf alemán que usaba sedán o minivan...

El hombre aceleró y se acercó a menos de una cuadra de distancia del otro que se perdía entre la gente y la bulla de la ciudad. Le metí plástica para que se olvidara de la persecución y no se sintiera burdégano y me cobrara tanto por la persecución.

—¿Sabe quién inventó los taxis? -le pregunté.

—¡No, no sé! ¡Supongo que eran caballos! -dijo.

—¡Siguen siendo! -le dije riéndome.

—¿Por qué se ríe? -me preguntó.

—Virgilio dice que como Erictonio de Atenas era impedido de los pies inventó el carro de alquiler. Era el servicio público y urbano para los desgraciados... Blas Pascal después tuvo la idea del transporte público en las grandes ciudades. Era una especie de carrozas que circulaban como los buses o metros de hoy, cargados hasta la pata.

—¡Ve qué babosadas hay en la vida! -exclamó el taxista.

—¡Sí, en las *Églogas* de Virgilio! -le dije.

—¿En qué trabaja usted? -me preguntó el alfeñique.

—¡Soy maestra! -le dije con pasión, pues se dice con orgullo.

—¡Con razón se las pica! —respondió el taxista.

—¡Qué bonito trabajo ser maestra! —dijo Ivania adelante.

—¡El asunto no es en qué trabajo, sino qué ética me rige la vida! —dijo el pasajero que leía a Jorge Luis Borges y «el metal amoroso que era Zeus».

El taxi giró a la derecha y vimos que el otro salía apresurado del restaurante. Estuvo tan cerca que vi su placa, pero no la anoté y pronto la olvidé. Me recomiendan anotar las placas de taxis en que me montó o de los vehículos vecinos. Una nunca sabe que ocurrirá con estos chunches. El taxi bajó la calle y lo seguimos de cerca casi a la mano.

—¡Nicolas Sauvage se llama el primer taxista! —le dije.

—Ah, ¡era Colacho el bandido! —exclamó el taxista.

—¡Un cochero de carruajes en París! —le dije con aplomo.

—¡Tenía reales el hombre! —dijo el hombre, mientras aceleraba.

—¡Eran taxis de sangre animal! —le dije, aludiendo a los caballos.

—¡No solo de dinero y bestias vive el ser! Una mirada se cruza con otra y dos saetas se encienden. Ninguna inicia el fuego —dijo el lector de Borges.

—¡No me lo diga a mí ni al retrovisor! —dijo el taxista.

—¡Ya sabemos que son bayuncos y tunantes! —dijo Ivania.

La historia de taxis le gustó al taxista. ¡Como pasean esas historias entre los carros! Su oficio nació en París en 1640. No era solo Ciudad Luz y moda, sino de taxis con servicio urbano. Los taxis sin taxímetros cobraban la carrera al azar y sin acuerdo del pasajero.

Las primeras citas amorosas y clandestinas de los muchachos con sus novias ocurrían a cualquier hora del día dentro de los taxis de la ciudad. La pareja previo acuerdo iba de un lado a otro entre abrazos, besos y tocaduras y el zamacuco del taxista se chupaba los ojos por el retrovisor. Resultaba siempre un abracadabrante.

Nicolas Sauvage nunca olvidó la escena amorosa. Descuidó el retrovisor para ver por dónde se escurría algún perseguido. De pronto, ante el asombro de los ojos en el espejo, vio que la pata de la muchacha fuera de la ventanilla soltaba el zapato. ¡Arrêtez! ¡Stop!, gritó el muchacho para detener el taxis... No se detuvo...

—¿Qué significa la palabra taxis, maestra? -me preguntó.

—¡Apócope de taxímetro! La palabra taxi significa tasa, impuesto o medida de la tasa. Bruhn inventó el taxímetro en 1891 y mide el tiempo y el espacio recorrido por el vehículo. Todo lo demás es cuento de taxistas y alfeñiques de los trapiches.

—¡Ve qué bonito! ¡Cuánto he aprendido! -dijo el taxista.

—El primer taxi automóvil -le dije al taxista- lo introdujo Luis Renault en 1904 en París otra vez... Pero acelere y siga al otro que ya se le escabulló en la bajada... ¿Esta cacharpa ya no corre más? -le pregunté para darle camorra y sorna.

—¡El taxi es libro con velocidad de ideas! —dijo el pasajero extraño que seguía a Borges aquí y allá como si no hubieran más argentinos que el poeta y el Papa.

El taxis se perdió en una bajadita en el sur de la ciudad. De pronto apareció en la loma donde otro restaurante mostraba el rótulo hermoso. Estaba cerrado también y ya perdía el apetito. El hombre aceleró más y tuvo a punto de tocarlo con el pico. Luego se alejó y ya no lo vimos en la calle con subidas y bajadas de la ciudad.

—¡Lo perdí! —me dijo sin más.

—¡Sígalo! —le dije para ver qué hacía sin rumbo ni horizonte.

—¡Seguir la nada es un delito confeso! —dijo el hombre que vestía camisa celeste y yin azulón, pero nunca soltó a Borges que hablaba de «la vaga luz, la inextricable sombra y el oro del principio»-. ¡Almorcemos aquí! —dijo.

—¡Gracias a Dios! —dijo el taxista.

—¡Parece que no le gusta su oficio! —le dije.

—¡Claro que me gusta, mi reina! ¡Pero eso de seguir taxis!...

—¡El taxis vale el almuerzo, amigo! —dijo el hombre, mientras bajaba.

—¿Y por una comida nos íbamos a matar? —preguntó Ivania.

El local era un hermoso pollo empanizado con jugo de naranjas que la gente devoraba en las mesas contiguas. Saqué mi celular y me tomé una selfies con el hombre que

no soltaba a Borges de las manos. El ignoto no era un conocido que apenas había visto aculado en un aula dictando lecciones, mientras buscábamos un taxi.

—¡No le conozco -le dije con recelo al hombre que también bajó del taxi- pero un hombre con un libro en las manos es un santo de la humanidad!

—¡Mire, mi maestra -dijo el desconocido tocándose el pecho como si leyera a Borges- aquí tiene mi libro y mi hombro para la comunidad educativa de niños y libros!

El humo de la cocina venía y desaparecía como otro taxi de la ciudad. Y en cada ida y venida el humo traía el olor de la textura de la carne y el tejido del papel como alfeñique.

Telica, 06 de enero / 07 de febrero de 2019.

(Cuento para agregar a *Los dulces piensan en la aventura de la razón*).